

LA VERDAD DEL

MOVIMIENTO

DEL 68



LA VERDAD DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

SINÓPSIS DE ARREBATOS CARNALES

Por Francisco Martín Moreno

1956-1969



Winston MacKinley Scott, jefe de la Agencia Central de inteligencia de los EU en México. Fue el confidente de tres presidentes mexicanos y uno de los espías favoritos del Presidente Lyndon B Johnson. Presidió muchas de las operaciones encubiertas, traiciones y la sospechosa visita de Lee Harvey Oswald a la ciudad de México poco antes del asesinato de John F Kennedy.

1956.- Su misión principal investigar al próximo Presidente de México..., ALM.

1963.- Gustavo Díaz Ordaz inicia relaciones con la actriz y cantante Irma Serrano.

Fulton Freeman a Walt Rostow,



Un historiador económico que se convirtió en uno de los principales arquitectos y apasionados defensores de la guerra de Vietnam como asesor de los presidentes John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson. Se desempeñó en la Oficina de Servicios Estratégicos encubiertos del Ejército en la Segunda Guerra Mundial. Se convirtió en el asesor de seguridad nacional del presidente Lyndon B Johnson quien lo nombró Embajador en México en 1964 hasta el final de su mandato en 1969. Allí ayudó a frenar una nueva ola de antiamericanismo. Lo que es la política, después de que fue una pieza fundamental para la desestabilización de la paz en México y promotor de un Golpe de Estado, responsable directo de maquinar la gran masacre de

1968, a su retiro en 1969, México le otorgó su más alto honor, la Orden del Águila Azteca, de primera clase. ¡Increíble!!

1964-1970

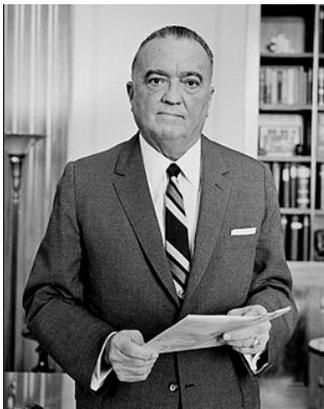


El 1º de septiembre de 1964, el Lic. Gustavo Díaz Ordaz, toma posesión de la presidencia de México en Palacio Nacional.

1965.- El 23 de septiembre, Grupo Popular Guerrillero; matanza en la ciudad Madera, Chihuahua..

Gustavo Díaz Ordaz nombra a Fernando Gutiérrez Barrios, Director de la Dirección Federal de Seguridad; el Lic. Alfonso Corona del Rosal sustituye a Ernesto P Uruchurtu.

1966.- Gustavo Díaz Ordaz decidió acabar con el Dr. Ignacio Chávez Sánchez como rector de la UNAM. El Coronel Manuel Díaz Escobar, Rodolfo Sánchez Duarte, Miguel Castro Bustos y Sergio Romero Ramírez “*El Fish* “- primo hermano de Humberto Romero –secretario particular de López Mateos, fueron los paramilitares que orquestaron la renuncia del Dr. Ignacio Chávez. El Gral. José Luis Gutiérrez Oropeza fue jefe del Estado Mayor Presidencial.



1967.- John Edgar Hoover del FBI en México comienza a fraguar el estallido del Conflicto Estudiantil inventando el fantasma de los “Comunistas”. El Presidente Lyndon B Johnson ordenó la desestabilización de México para deponer a Gustavo Díaz Ordaz. El mejor pretexto serían las Olimpiadas, donde los supuestos comunistas aprovecharían para subvertir el orden en México.

Junio.- La Revista *U.S. News & World Report* alertó sobre la posibilidad de una nueva revolución en México. La publicación presentaba a la débil izquierda como la amenaza comunista. También hablaba de una eventual intervención de tropas norteamericanas para salvar a México del comunismo. Washington había empezado a filtrar falsas noticias a la prensa para ir preparando a la opinión pública del mundo.

Octubre.- Como muestra de buena voluntad, E.U. devuelven el Chamizal a México. E.U. insiste ante la ONU para que 1968 sea declarado el año de los Derechos Humanos con la intención de crear un ambiente favorable a sus planes para derrocar a Gustavo Díaz Ordaz.

Al iniciar 1968 la juventud mexicana y la del mundo fueron atraídas por la no violencia inspirada por las tesis pacíficas de Mohandas Karamchand Gandhi y Martín Luther King, sí, pero las ideas de la revolución dominaban las universidades por los deseos de vivir en otro ambiente de libertad. Estallaban movimientos a lo largo y ancho de Gran Bretaña, incluidas las universidades de Cambridge y Oxford, Asia, teniendo como bandera de protesta la intervención en Vietnam. Los sistemas políticos amenazaban con derrumbarse estruendosamente. Lo mismo acontecía en Japón, Italia, España, Argentina, Bolivia, Brasil, Perú, Uruguay y Turquía. Era inminente que el movimiento llegaría a México y por ello E.U. incrementó el personal de la embajada hasta llegar a 700, en su mayoría eran espías o agentes de la CIA, FBI, del Pentágono o cualquier otra agencia norteamericana. Comenzaron a purgar a México de cualquier germen comunista con la ayuda de Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echevarría Álvarez –secretario de Gobernación- Marcelino García Barragán –Secretario de la Defensa-, Lic. Alfonso Corona del Rosal –Jefe del Departamento del Distrito Federal-, Fernando Gutiérrez Barrios –Director de la Dirección Federal de Seguridad- y el Gral. Gutiérrez Oropeza –Jefe del Estado Mayor Presidencial.

En una ocasión se reunieron a comer en los Pinos Gustavo Díaz Ordaz y Winston MacKinley Scott; al término de la comida, éste sugirió al Lic. Ordaz caminar por los jardines de los Pinos.

- Para esto, el Servicio de Inteligencia del Estado Mayor había detectado e informado al Presidente que el primer riesgo para la soberanía de México provenía de una intervención o una desestabilización estadounidense. - En plano confidencial, Winston le informó a don Gustavo que la CIA había tenido que imponer dictadores en Paraguay, Irán, Guatemala, Rep. Dominicana, Argentina, Bolivia, Grecia Brasil, Uruguay, Chile, Honduras y Perú, además de otras intervenciones militares en Venezuela, Ecuador y Costa Rica. El rostro del presidente se congestionó mientras guardaba silencio para ver hacia donde iban estas afirmaciones. Winston alegó que E.U. no toleraría otra Cuba en ninguna parte del mundo y mucho menos al sur de una frontera de casi tres mil kilómetros de longitud. Washington sabía que los comunistas pretenderían desestabilizar a México para intentar quebrar el esqueleto de los E.U. Finalmente se atrevió a hacerle saber que la intención de su gobierno era imponer un dictador a lo cual él se opuso por no considerarlo necesario dado que tenía al país controlado en el puño además de ser amigo y un convencido enemigo de los comunistas. Concluyó su exposición diciendo que lo iban a respetar con algunas condiciones, detallando entonces que, para permitirle seguir en el poder tenía que llevar a cabo de inmediato una purga de agentes comunistas radicados en México con el apoyo de un centenar de agentes de la CIA.

Con el rostro desencajado don Gustavo inquirió: ¿Pero, a donde va usted con todo esto, Win? Fue entonces que Winston manejando su baraja, según le habían autorizado en Washington: le propuso crear artificialmente una serie de conflictos estudiantiles en el país, para que de esta forma, colocando una serie de infiltrados en el interior de las universidades, las vocacionales y las preparatorias, pudieran emerger las cabezas visibles del comunismo mexicano; en otras palabras: Agitar el avispero....

-Si no existe un conflicto a la vista, creémoslo, señor presidente, y si existe uno, aprovechémoslo para hacerlo grande, muy grande, de modo que sea necesaria la intervención de las fuerzas armadas. Montemos un gran borlote para detectar las cabezas visibles de nuestros enemigos cuando se sumen al movimiento y quieran aprovecharlo y hasta dirigirlo. ¿Está usted de acuerdo?

-Por supuesto que sí, hagámoslo. Hable usted con Alfonso Corona del Rosal, con José Luis Gutiérrez Oropeza, con Luis Echeverría Álvarez y con Fernando Gutiérrez Barrios. Yo haré lo mismo. Solo quisiera hacer una pregunta que usted no me podrá contestar...

-Usted dirá, señor presidente.

-¿Quién me garantiza que después de erradicar a los comunistas ustedes no me darán un golpe de Estado de cualquier manera, porque nunca nadie sabe para quién trabaja?.

-Tiene usted la palabra de mi gobierno.

-Llegaré hasta donde tenga que llegar con tal de mantener la paz de la Republica – respondió adusto y extendiéndome como pudo la mano, advirtiéndome que ya conocía yo el camino de regreso...

Febrero 6.- La izquierdista Central Nacional de Estudiantes Democráticos, emprendió la Marcha de la Libertad, emulando el camino del cura Hidalgo, de Dolores Hidalgo, Gto., a Morelia. Por su parte, Alfonso Corona del Rosal ordenó que se pintaran los camiones de pasajeros de la ciudad de México para atacar al gobierno, al ejército, a la policía capitalina y fundamentalmente a la religión, para exacerbar los ánimos populares.

Marzo.- Al principio del mes, el gobierno desata una violenta campaña en contra del Director de la Facultad de Medicina, pero ésta no prendió. Mientras tanto y para guardar las apariencias Díaz Ordaz convocó a una reunión a los dirigentes del Partido Comunista con el ánimo de llegar a un acuerdo. Casi al final del mes, el Vicepresidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey hizo una sospechosa visita a México. Venía a refrendar las <Preocupaciones> que tenía la casa Blanca en relación con la expansión comunista en México. No iban a permitir una segunda Cuba en América Latina, más aún después del rotundo fracaso en la Bahía de Cochinos.

Mayo.- A tres meses de la visita de Humphrey, Edgar Hoover, del FBI, recibió instrucciones de la casa Blanca para declarar públicamente que acusaba <al Partido Comunista de México de hacer planes para almacenar armas y municiones en preparación de una revolución>

Junio.- La protesta estudiantil para solicitar en Villahermosa, Tab., el mejoramiento económico de la universidad, tampoco logró desatar el conflicto como era deseable. Echeverría Álvarez y Sánchez Vargas, el procurador de la República, acordaron imputarles delitos del fuero federal a ciertos líderes estudiantiles y proceder a su captura, tampoco logró propalar el fuego. En esos días, la inteligencia norteamericana logró escuchar una conversación telefónica del Rector Barros Sierra con Juan José Arévalo, presidente de Guatemala en la que se mencionó:

- Tengo noticias que se está agitando a los estudiantes sin motivo alguno, algo completamente artificial
- Esta conversación se la hicieron llegar de inmediato a Gustavo Díaz Ordaz, con copia a Echeverría.

El Rector, Ing. Javier Barros Sierra, se percataba de alguna doble intención en los hechos aunque no entendía quién estaba detrás del embrollo ni por qué se estaba originando. ¡Al grado de que ayudaba, sin saberlo, a financiar a varios de los paramilitares de la CIA incrustados en calidad de porros!

Julio 19.- En Veracruz y Puebla los desmanes iban en aumento. En esos días, circulo un <memo> ciego, redactado por Gutiérrez Oropeza y Corona del Rosal donde constaba la ruta crítica para detonar el movimiento estudiantil de octubre. Se trataba de la purga. Ambos lo habían acordado con Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez:

- Escoger un sector estudiantil con antecedentes violentos.
- Se colocarán infiltrados en las prepas y vocacionales seleccionadas
- Se deberá aprovechar el 26 de julio, fecha de la Revolución <Cubana
- Con cualquier pretexto, los infiltrados propiciarán un pleito entre estudiantes y policías del DDF.
- Cuando detone el pleito se recurrirá a los granaderos para irritar a las masas.
- Cuando los estudiantes protesten por la dureza de la represión y organicen marchas, los infiltrados llevarán pancartas del Che, de Mao o de Lenin se encontrarán con los Halcones del DDF supuestamente pertenecientes a otras organizaciones estudiantiles.
- Al sumarse otras escuelas, universidades, preparatorias y vocacionales, la autoridad pedirá la intervención del ejército. A más represión, mas organización estudiantil y más aparición de cabecillas comunistas.
- Instruir a los infiltrados para descubrir agentes internacionales. Sembrado de libros subversivos escritos por autores soviéticos y chinos. Los infiltrados sabotearán los acuerdos y negociaciones con el gobierno; para ello incendiarán transporte urbano en plena vía pública y destrozarán, tanto como puedan aparadores y comercios a su paso.
- Manipulación de la prensa para acusar a fuerzas oscuras comunistas de generar un conflicto en México. Con el propósito de convencer a la opinión pública, los medios se dirigirán a los estudiantes detenidos como terroristas y guerrilleros.
- Escalar el conflicto hasta un extremo mayúsculo, un evento masivo donde se reúnan los líderes más destacados, coyuntural idea para apresarlos conjuntamente y decapitar cualquier movimiento orientado a imponer un dictador soviético en México. Las confesiones de los terroristas, publicadas en la prensa, deberán dejar constancia de las intenciones de matar o secuestrar extranjeros de los que concurrirán a las Olimpiadas.
- Sería conveniente que algún Secretario de Estado resultara secuestrado para inventar culpables ante la opinión pública. Se requieren muertos para incendiar a la sociedad y volcarla del lado de la autoridad.
- Se asegurará un grupo de jueces leales al gobierno para garantizar la prisión de los revoltosos y evitar el ridículo de la autoridad ante acusaciones insostenibles.



La mecha finalmente prendió y arrojó miles de chispas inflamables en su eufórico y colorido camino hacia el barril de pólvora. Ese 19 de julio, se dio el primer enfrentamiento entre alumnos de la preparatoria Ochoterena y las escuelas vocacionales 2 y 5 del IPN. La golpiza entre ellos fue de horror. Los infiltrados y agitadores de Corona del Rosal finalmente pudieron entrar en acción. Los porros como el Fish, los Martínez Corona, el Superman, el Pepe y el Morsi, de la vocacional 5; el Nazi, de la 7; el Musaraña, el Cayos y el Viejo de la vocacional 2, así como Lamy, Olague y el Puñal, entre otros tantos más, la inmensa mayoría <chicos> de Pancho Corona y de Alfonso Martínez Domínguez al mando del Coronel Manuel Díaz Escobar.

Repentinamente llegó el Décimo Noveno Batallón de Granaderos al mando de Manuel Robles, quien solo observó la riña que finalmente no tuvo daños ni consecuencias; sin embargo, cuando los estudiantes se retiraban por decisión propia, vino la orden de corretearlos y agredirlos. Los estudiantes huyeron despavoridos hacia la vocacional 5 y ahí fueron golpeados de manera despiadada.

El montaje había sido perfecto. Curiosamente, en general no había autoridad universitaria que no financiara a estos grupos. Aunque también lo hacían Lauro Ortega, Caritino Maldonado, Miguel Osorio Marbán, Píndaro Urióstegui y Porfirio Muñoz Ledo (Ahora Ilustre y “Respetable Constitucionalista”), entre otros distinguidos priistas.

¿Quién iba a imaginar que el pleito de una preparatoria y de una vocacional, de la UNAM y del IPN, iban a estar inmiscuidos el propio presidente de los Estados Unidos, la CIA y el FBI, con el único propósito de derrocar al presidente Gustavo Díaz Ordaz?



Julio 23.- Mientras los Granaderos atacaban a los estudiantes para provocar una alianza entre los alumnos de diferentes preparatorias, vocacionales y universidades, los agentes de la Dirección Federal de Seguridad a cargo de Fernando Gutiérrez Barrios allanaron las oficinas del Consejo Central del Partido Comunista Mexicano. El Jefe de la policía capitalina explicó los hechos de la siguiente manera: <Estamos frente a una conjura internacional comunista>.

Julio 26.- Diferentes sectores estudiantiles convocaron a una manifestación de protesta. ¿Quién organizaba la marcha?... Los infiltrados del Departamento del Distrito Federal disfrazados de estudiantes. Las calles de la ciudad de México se convertirían en un campo de batalla entre estudiantes y policías. El choque no se hizo esperar en las calles de Palma y 5 de mayo. La policía, que horas antes, había llenado de piedras los botes de basura ubicados en las calles de Madero para que fueran lanzadas por Araños y Ciudadelos además de otros provocadores, arremetió contra los quejosos.



Las pancartas fueron introducidas por los propios agitadores sin que los estudiantes lo supieran

Julio 27.- Los estudiantes tomaron las preparatorias 1, 2 y 3 de la UNAM.

El escalamiento surtía efectos. Resultaba una maravilla el hecho de agitar el avispero. Ese mismo día una comisión de estudiantes solicitaron una audiencia en las oficinas de Corona de Rosal para exponerle sus quejas y reclamos y hacer entrega de un documento con sus respectivos puntos petitorio.

Los recepcionistas los hicieron pasar a una sala donde fueron apresados sin justificación alguna y conducidos a los separos de la policía a cargo de Luis Cueto.



Julio 29.- Cuando los estudiantes se hicieron fuertes al tomar San Idelfonso, Alfonso Corona del Rosal, Luis Echeverría y los procuradores decidieron la intervención del ejército con el propósito de precipitar los acontecimientos.

Ante la supuesta incapacidad de los granaderos para desalojar los inmuebles universitarios tomados por los <terroristas>, el ejército mexicano a petición de Alfonso Corona del Rosal entró en escena como si los acontecimientos ya se hubieran desbordado, la ciudad estuviera incendiada, el país amenazado y la violencia incontenible.



Para aplastar la revuelta integrada por tres cientos estudiantes totalmente desarmados, entraron en <combate> sesenta tanques ligeros, jeeps equipados con bazucas y cañones de ciento un milímetros, además de camiones transportadores de tropas con aproximadamente unos dos mil

elementos para <tomar a bayoneta calada el edificio de San Idelfonso después de haber disparado un supuesto bazucazo a la puerta principal... todo para atrapar a los comunistas. ¿A los qué?...

La verdad es que Winston y Corona del Rosal acordaron que fuera volada desde dentro por sus muchachos expertos en explosivos que se escondieron previamente junto con otros vagos de la merced.

Se logró la detención de 125 presos acusados de daño en propiedad ajena, robo, secuestro, lesiones contra agentes de la autoridad y pandillerismo. Por supuesto que un cargo era más falso que otro. ¿Muertos?... si los hubo pero la opinión pública jamás lo supo.

El Gral. Brigadier Mario Ballesteros Prieto, jefe del Estado Mayor de la Secretaría de la Defensa reportó la detención de un agente ruso. Nadie supo nunca del ruso, ni se le identificó, no se le expulsó del país, ni se le recluyó en ninguna cárcel, ni lo reclamó la embajada de la URSS. Nada!

Era obvio que mentía y traicionaba a Marcelino García Barragán, Secretario de la Defensa Nacional, al tener acuerdos secretos con Gutiérrez Oropeza, el jefe del Estado Mayor Presidencial.



30 de julio de 1968

Julio 31.- Elementos del ejército auxiliados por policías y por perros allanaron la Unidad Artística y Cultural del Bosque de Chapultepec, deteniendo a 75 alumnos de la Escuela de Arte Teatral cuando llevaban a cobo una asamblea. En una conversación que tuvo el Secretario de la Defensa Nacional, Gral. Marcelino García Barragán con uno de sus subalternos le hizo saber que habían llegado cuatro agentes especializados de la CIA con el fin de observar los acontecimientos. El militar entendió que dichos agentes no venían a observar nada, sino a incendiar el país. García Barragán se percató de que una mano extraña estaba agitando las aguas, movida por intereses inconfesables y no menos oscuros.

Agosto 1.- El Consejo Nacional de Huelga (CNH), un órgano ingobernable, convocó entonces a una segunda manifestación.



Todo México tenía que protestar, no solo los estudiantes, no solo los maestros, no solo las autoridades universitarias: todo México. La marcha sería multitudinaria como jamás se había visto una similar en la historia de México. Esa tarde, minutos antes de que iniciara la manifestación del rector, la radio difundió un mensaje de Díaz Ordaz desde Guadalajara, donde se refirió a su manotienda... pero nadie creía en él.

Agosto 5.- Se llevó a cabo otra marcha de Zacatenco al Casco de Santo Tomás en la que se sumaron contingentes de la UNAM, de Chapingo, de la Normal y de otras preparatorias. Cerca de cien mil personas.



Agosto 13.- Para la marcha de este día los estudiantes se preparaban para enfrentar a la policía, sin olvidar el ejemplo de los franceses que derrotaron a la policía lanzándoles los adoquines arrancados de las calles de París. Se hablaba de conseguir cascos, limones y botellas con vinagre para contrarrestar el efecto de los gases lacrimógenos o para construir bombas molotov. ¿Todo este entuerto sería por la sucesión presidencial? Gutiérrez Oropeza apostaba por Corona del Rosal y al mismo tiempo por Emilio

Martínez Manautou, tenía dos candidatos; como él decía, *dos fierros en el fuego*.

Agosto 20.- La invasión soviética a Checoslovaquia, llevada a cabo con seiscientos mil soldados rusos y dos mil trescientos tanques del Pacto de Varsovia, sirvió para caldear aún más los ánimos universitarios y politécnicos. No era cierto que la invasión se hubiera originado en el supuesto de

que Alemania quería apoderarse de Checoslovaquia. Otra mentira más; no solo los mexicanos mentían, todos los políticos del mundo por definición eran unos embusteros.



22 de agosto de 1968

Agosto 23. - Una marcha seguía a la otra. Este día por la noche Sócrates Campos Lemus, Fernando Hernández Zárate y Sostenes Tordesillas, infiltrados de Corona, reventaron una invitación del gobierno para dialogar con representantes universitarios. Profesores y estudiantes respondieron afirmativamente, siempre y cuando el dialogo se realizara en presencia de la prensa escrita, la radio y la televisión. La manipulación había surtido efectos.

Agosto 27. - En esta marcha, del Museo de Antropología al Zócalo una de las más nutridas en la historia del país, más de trescientas mil personas demandaron el cumplimiento del pliego petitorio. La sociedad aplaudió el paso de los marchistas, lanzándoles, junto con papel picado, vivas desde los edificios. Al llegar a la Plaza de la Constitución se dieron tres hechos muy significativos.

El primero, el audaz izamiento de una bandera rojinegra en el astabandera del Zócalo, que ondeó hasta el final del mitin, hecho inspirado por Winston y sus colaboradores.

El segundo, el planteamiento imposible de Sócrates Campos Lemus para que el primer mandatario de la República se presentara el día 1 de septiembre, el mismo día del informe, a las 10 de la mañana en el Zócalo para inaugurar el diálogo, es decir no habría diálogo... Muchos estudiantes se vieron sorprendidos porque eso jamás se había acordado en el CNG.

El tercero, un grupo de estudiantes subió con el debido permiso de las autoridades católicas, a los torreones de la catedral para encender las luces y doblar las campanas. Buena parte de la comunidad pensaba que los porros, Halcones camuflados, eran estudiantes como ellos. Al caer la noche, el gobierno desalojó por la fuerza el Zócalo capitalino al mandar 150 patrullas, 400 granaderos, 16 tanques ligeros y tres compañías de soldados para barrer la Plaza de la Constitución donde los estudiantes entonaban canciones y se disputaban unos y otros el uso del micrófono. Vale

la pena destacar que en la madrugada del día siguiente la CIA izó otra bandera 5 veces más grande que la de los estudiantes para provocar la ira del presidente. Lográndolo porque Fulton Freeman, el embajador de Estados Unidos, había oído decir al presidente que debido a una afrenta tan ostentosa pondría punto final a los desmanes estudiantiles.

Agosto 28.- Cuando en medio de una muchedumbre de burócratas acarreados que se decían <borregos> se descendía la inmensa bandera rojinegra y se izaba la tricolor, se escucharon , por primera vez, disparos de francotiradores provenientes de la Suprema Corte de Justicia de la nación.



Tanquetas en el Zócalo de México el 28 de agosto de 1968. 

¿Francotiradores? ¿Qué pasaba?. Otra persona empezó a disparar su pistola al aire. Caían varios heridos al piso. Un soldado repelió el fuego en contra del edificio de la Corte. Como un elemento adicional se encontraron dos bombas sin detonar al pie de torres de electricidad, colocadas por muchachos de la CIA, porque la intención solo era provocar pánico. Un mero golpe publicitario. La prensa lo hizo pasar como un ataque por estudiantes incendiarios.



28 de agosto de 1968

Septiembre 1.- En su informe, el presidente mandó un mensaje muy claro a los estudiantes.



El informe era una gran oportunidad para invitar al diálogo. (Ver discurso en la pág.106 de Arrebatos Carnales III). Este no se dio, claro que no se dio, nunca se daría. Por el contrario la CTM y su líder, Fidel Velásquez, el hombre que había embotellado la democracia sindical en México, otorgó todo su apoyo al gobierno y pidió que se continuara con las mismas acciones para evitar la anarquía en el país. Fidel era la piedra angular del sistema de represión y control del sector obrero, por eso mandó a Tlatelolco el 2 de octubre a su grupo de choque conocido como los Avispas. La prensa nacional, obsecuente y lambiscona como siempre, aplaudió la actitud determinante de Díaz Ordaz y destacó su temple, su coraje, su determinación por rescatar a la nación de manos extranjeras, en fin, su vocación por la paz antes de recurrir a la violencia. El movimiento empezó a tomar otro cariz desde que grupos de campesinos y electricistas decidieron apoyar a los estudiantes. El ejército tomó precautoriamente la refinería de Azcapotzalco.



Septiembre 9.- El Rector de la UNAM, Dr. Javier Barros Sierra acatando las instrucciones de Echeverría, llamó a la comunidad estudiantil, afirmando que la mayor parte de las exigencias del movimiento habían sido satisfechas por Gustavo Díaz Ordaz en su discurso y pedía el regreso a la normalidad. Mentía, él sabía que mentía. ¿Pero quién no mentía?.

Septiembre 13.- Se organizó la Marcha del Silencio de tal forma que nadie hablara, para que el gobierno no pudiera aducir el lanzamiento de nuevas injurias contra el presidente. Fue un éxito! El silencio de más de trescientos mil jóvenes que marcharon con pañuelos en la boca impresionó a la sociedad y a la nación en su conjunto, que observó la disciplina y el buen comportamiento al que podían llegar los estudiantes.

Septiembre 15.- Durante la cena que ofreció el presidente en Palacio Nacional discutió los últimos planes con Winston.

Septiembre 17.- Los porros y grupos de choque atacaron las preparatorias 2 y 7, además de varias facultades de la UNAM. Díaz Ordaz estaba desesperado porque faltaba menos de un mes y aún no se daba la planeada purga. ¿ La historia lo juzgaría como traidor o patriota al haber salvado al país de la imposición de un nuevo primate al servicio incondicional de la Casa Blanca. ¿Qué político de esta y futuras generaciones se iba a atrever a confesar las presiones a que había sido sometido por parte de la CIA? Era la hora de actuar , de asegurar el golpe final, era el ahora o

nunca. Los juegos comenzarían en tres semanas. Fue entonces cuando decidió patear en la espinilla con una bota militar a todos los alumnos del país: ¡Ordenó al ejército la invasión de la Universidad Nacional Autónoma de México, la máxima casa de estudios de la nación.

Septiembre 18.- Finalmente a las diez de la noche, el ejército mexicano, las fuerzas armadas nacionales, dirigidas por el Gral. José Hernández Toledo al mando de un batallón de fusileros paracaidistas, invadieron la Ciudad Universitaria con carros de asalto blindados, tanques, tanquetas, cañones y camiones llenos de soldados y otros tantos vacíos, para llevar detenidos a la mayor cantidad de estudiantes posible. ¿Diez mil hombres para someter algunos estudiantes armados con resortera?. Se desalojaron todos los edificios con lujo de violencia donde se encontraban tanto alumnos como profesores e investigadores de diferentes ramas del saber, desde luego a funcionarios y trabajadores de dicha

casa de estudio. Nadie se atrevió a oponer resistencia. La estación Radio Universidad salió inmediatamente del aire. Se detuvo a trescientos estudiantes y profesores a quienes se les obligó a tirarse al piso bocabajo en el piso.



Septiembre 20.- Los cuerpos paramilitares ingresaron camuflados a las preparatoria 4 de



Observatorio haciendo destrozos en el edificio. Esa misma noche, el Colegio México sufrió también un atentado: sus instalaciones fueron ametralladas por interminables ráfagas de balas que destrozaron la fachada y ventanales. Además se atentó contra la vocacional 4. Ciento veinte efectivos del grupo especial de Fernando Gutiérrez Barrios que viajaban en diferentes camiones, tan pronto llegaron dispararon contra el edificio,

prendieron fuego al auditorio y secuestraron a varios alumnos.

Septiembre 21.- Cuando los estudiantes supieron que los granaderos tratarían de tomar Tlatelolco se organizaron para enfrentarse a las fuerzas policiacas confeccionando bombas molotov y subiendo piedras a las azoteas de los edificios. Antes se procedió a la quema de trolebuses, de patrullas, de automóviles propiedad de la Dirección de Tránsito, se interrumpió la circulación de San Juan de Letrán como supuestos actos de defensa. Por la tarde, empezó una batalla, si a eso se le puede llamar batalla. Los gases lacrimógenos acabaron con el cuadro. Hubo muertos por ambos lados, sin embargo, la prensa controlada por Díaz Ordaz y Echeverría lo volvió a negar.

Septiembre 23.- Renunció el Rector Barros Sierra, a modo de protesta por las ocupaciones militares de los edificios y terrenos universitarios. Los bonos del rector subieron como la espuma y Echeverría no le aceptó la renuncia. No era el momento. Echeverría decidiría cuando.



Septiembre 24.- Cayó igualmente el Casco de Santo Tomás, uno de los campus del IPN al grito de ¡Viva el Rector! Detuvieron y golpearon salvajemente a más de 350 alumnos y profesores para que confesaran su filiación comunista. Se dieron medio centenar de heridos y varios muertos como consecuencia del ingreso de 15 carros blindados, lanzagranadas y 600 efectivos, sobre todo en la escuela de Medicina. Díaz Escobar reportó a Corona del Rosal: ¡Misión cumplida mi general!

Ese mismo día cayó Zacatenco, la principal instalación del Poli, después de dar una larga y sorprendente batalla. Mientras esto sucedía, Echeverría instruía a los dueños de los periódicos y televisoras, felicitar al presidente por su actitud valiente, sensata y patriótica.

Septiembre 27.- Richard Helms, director de la CIA arribó a México para entrevistarse con Winston y conocer los detalles del movimiento estudiantil.



El máximo jefe de la CIA, Richard Helms, visitó a Winston Scott en México días antes de la matanza del 2 de octubre de 1968.

Venía con instrucciones muy claras de Washington. Se quejó amargamente de la lentitud de los procedimientos, comparados con la rapidez del asesinato del Senador Roberto Kennedy. Agregó su preocupación en torno a los juegos Olímpicos, debido a que este debía haber sido el gran pretexto de los estudiantes para poner de rodillas al gobierno y asestar finalmente el golpe de Estado. La lentitud era pasmosa, se tendría que llegar a una masacre gigantesca que provocara un levantamiento armado en contra de Díaz Ordaz, un tirano, un asesino, un genocida. Winston le dijo a Helms que tuviera calma, que estaba a la vista la gran oportunidad que

esperaban... el próximo 2 de octubre se llevará a cabo una gran marcha en Tlatelolco al Casco de Santo Tomas y apresarán a todos los miembros del Consejo Nacional de Huelga. Helms dijo que eso no era suficiente porque debería de haber una gran masacre que obligue al ejército a dar un golpe de Estado a Díaz Ordaz, un carnicero incapaz de imponer el orden. De lo que se trata es de que el ejército quede como el gran asesino al servicio del tirano: tiene que deponerlo para arrebatarse el poder. - ¿Qué sugieres entonces? Preguntó Win... No sugiero, ordeno que cinco de las personas que viajaron conmigo desde Washington, y que son francotiradores expertos, se sumen a las fuerzas del Gral. Gutiérrez Oropeza y Corona del Rosal. Son mexicanos perfectamente adiestrados, agentes de lujo.

Tenemos que aprovechar el 2 de octubre para matar a la mayor cantidad de gente posible y de esta manera lograr que el ejército despierte para que impongamos a un militar en Los Pinos. Esa es la idea y no otra, a la mierda con los lidercitos estudiantiles que no sirven para nada. Por lo que más quieras Win, ¡reacciona!..

Winston lo tranquilizó diciendo: Como sabes, tanto Corona del Rosal como Gutiérrez Oropeza comen de mi mano y ambos tienen a dos de nuestros muchachos, Díaz Escobar y Ballesteros Prieto, que fueron capacitados por nosotros en Panamá. Hablaré con ellos para ubicar a nuestros hombres. Te adelanto que ellos tienen un plan armado para disparar desde los edificios, según lo acordamos en la recepción oficial del Grito de Independencia en Palacio Nacional. ¿Crees que sea necesario informárselo al presidente?

- Haz lo que quieras pero en esta ocasión es importante que Díaz Ordaz quede expuesto como el gran carnicero de México, el que mató a los muchachos con francotiradores. Su posición será insostenible y nosotros nos saldremos con la nuestra. El próximo presidente se llama Alfonso Corona del Rosal, regente de la ciudad de México. Si no se logra crear una masacre el 2 de octubre que justifique el golpe de Estado, todos estaremos perdidos. No nada más Díaz Ordaz sino tu y yo por idiotas y no saber armar esto. Nunca pierdas de vista que el Gral. Marcelino García Barragán ya intentó dar un golpe de Estado en 1952 cuando Henríquez Guzmán peleaba la candidatura

presidencial y él estaba de su lado. Ahí tienes el golpista en potencia. Basta un empujoncito y lo tendremos de nuestro lado. ¿Quién le dice que no a la Casa Blanca y mucho menos con los antecedentes del Secretario de la Defensa?.

Septiembre 28.- El mitin celebrado en la plaza había servido al coronel Díaz Escobar como laboratorio para las operaciones del 2 de octubre. Una excelente oportunidad de preparar el operativo y disminuir el margen de error.

Septiembre 30.- El Gral. José Hernández Toledo entregó las instalaciones de la UNAM, sin que



el Rector las hubiera requerido. Mientras Winston caminaba con Gutiérrez Oropeza y Corona del Rosal a lo largo de la calzada de los Poetas en el Bosque de Chapultepec para evitar micrófonos, escuchas o espías, pactaron que Poncho enviaría a 290 tiradores experimentados a la Plaza de las Tres Culturas, no tanto para acribillar a la gente sino para causar un verdadero terror entre los manifestantes.

De la misma manera coincidimos en que tanto en la iglesia de Tlatelolco como en el edificio de Relaciones Exteriores –desde la oficina de Tony Carrillo, el canciller amigo de Winston- y sobre todo en el edificio Chihuahua se apostarían varios francotiradores que dispararían contra los marchistas y también en contra del propio ejército, de tal manera que posteriormente se pudiera alegar que los estudiantes inconformes les dispararon a las fuerzas armadas y que, dada su falta de pericia en el manejo de las armas, habían matado a muchos de los suyos. Ese era el pretexto. ¿No era una genialidad?

¡Cuántos militares seguirían creyendo esta historia décadas después.... Una vez acordado que tanto cinco de los agentes de la CIA como cinco francotiradores de las guardias presidenciales dependientes del Estado Mayor Presidencial, todos camuflados, dispararían desde dichos edificios; lo anterior le fue comunicado a Díaz Ordaz por conducto del General Luis Gutiérrez Oropeza, jefe del Estado Mayor.

-No tenemos otra opción, señor presidente- agregó Gutiérrez Oropeza-, si realmente queremos acabar con este movimiento, solo será si las tropas del ejército arrestan a todos los líderes estudiantiles en la Plaza de las tres Culturas; tendremos que disparar desde edificios en contra de los marchistas y de los soldados para culpar de los hechos a los estudiantes y garantizar así, ya sin revueltas, la celebración de los Juegos Olímpicos tranquilizando a la CIA, al FBI, al Departamento de Estado y al propio presidente Johnson, quien finalmente se convencerá de que logramos los dos objetivos propuestos: **uno**, atrapar a los comunistas, y **dos**, imponer el orden. La purga se habrá logrado y todos estaremos en paz. Díaz Ordaz agregó:

-Si mi general, si... pero yo me llenaré las manos de sangre y pasaré a la historia como el asesino de mi pueblo.

-No señor escúcheme, nunca diremos que fuimos nosotros quienes disparamos sino los propios estudiantes quienes agredieron al ejército y no tuvimos otra alternativa más que devolver el fuego.

Manipulados por la Unión Soviética, Cuba y China, quedarán como los asesinos y usted como quien salvó los intereses de la República. Eso de <asesino de su pueblo>, con el debido respeto señor presidente, olvídalo. El manejo de la prensa será lo suficientemente eficiente como para

limpiar de manera perfecta su rostro de cara al porvenir. Se supo que Díaz Ordaz caminaba nerviosamente a lo largo y ancho de su despacho en Los Pinos. Sabía que carecía de opciones. De no poner un <hasta aquí> y utilizar la fuerza pública, como había anunciado un mes antes en su informe de gobierno, tal vez ni siquiera se celebrarían los Juegos Olímpicos, el desorden sería mayúsculo y la imagen de México quedaría por los suelos. Ese sonoro manotazo que se esperaba de él sonó primero sobre su escritorio, en la carpeta de cuero negro que ostentaba sus iniciales, GDO, abajo el escudo nacional de México grabado con polvo de oro. Adelante mi general, es la hora de actuar, de otra suerte nos atropellarán los acontecimientos –ordenó a sabiendas de que tenía el papel de la prensa, aunque todavía soñaría con la posibilidad de suspender las garantías individuales y permanecer otro sexenio en el poder, cuando menos.

Winston tendría una reunión temprano en la mañana con Echeverría. Después de nuestro acuerdo, él visitaría a Díaz Ordaz antes de que volara a Guadalajara para pernoctar en Ajijic y no estar presente la tarde de la masacre. Echeverría sabía perfectamente bien cómo manejar a la prensa, para que los únicos culpables fueran los estudiantes.



El General Marcelino García Barragán quedaría encargado de garantizar que no escapara un solo integrante del Consejo Nacional de Huelga, Corona Del Rosal y Gutiérrez Oropeza se encargarían de los francotiradores.

La CIA guardaría bajo siete llaves la identidad de los agentes infiltrados. Era evidente que con el paso del tiempo, cuando se tuvieran que abrir legalmente los archivos a la luz pública, filtrarían solo aquello que fuera conveniente a sus intereses, lo demás sería <publicidad democrática>.

¿Quién iba a creer que desclasificarían sus expedientes, revelando toda la verdad? Cuando dentro de treinta o cuarenta años (2008), la CIA tuviera que entregar sus archivos secretos, por supuesto que los mutilarían debidamente. No se iban a picar solitos los ojos.



01 de octubre de 1968

Octubre 2.- Un día después de la salida del ejército del campus de la UNAM, Echeverría le



encargó a Servando González que se ocupara en llevar seis cámaras o las que fueran necesarias para filmar todo lo que aconteciera en la Plaza de las Tres Culturas. González llegó a la Secretaría de Relaciones exteriores desde las ocho de la mañana, autorizado por Rafael Hernández Ochoa, subsecretario de Gobernación, a ocupar los pisos 17 y 20 para tener una visión completa de la plaza, la iglesia, el edificio Chihuahua, el Durango y la vocacional.

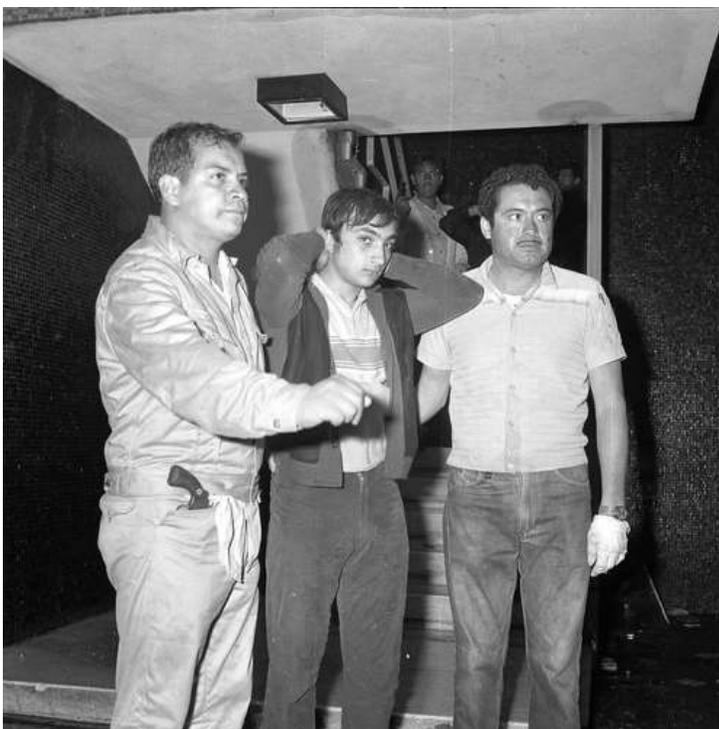
En tanto la tropa, los granaderos, el Estado Mayor Presidencial, el Batallón Olimpia, los francotiradores y el ejército ocupaban sus lugares, en la casa del rector se llevaban a cabo las últimas negociaciones con los representantes estudiantiles. Todos ignoraban que la suerte ya estaba decidida. En las instalaciones politécnicas de Zacatenco los estudiantes preparaban el mitin de la tarde. En vista de que las calles que transitarían para ir al Casco de Sonto Tomás estaban tomadas por el ejército decidieron concentrar la manifestación únicamente en Tlatelolco, un espacio amplio en el que cabían miles de personas. Lo anterior como un acto demostrativo de la buena voluntad que existía por parte del sector estudiantil para llevar a buen término la solución al conflicto por medio del dialogo. Sócrates Lemus y Áyax Segura Garrido habían exhortado el día anterior a las armas a sus compañeros, hablando de subversión, guerrilla, revolución. El primero llamaba cobardes a quienes no se sumaran al derrocamiento del gobierno, sacando a relucir su pistola y convocando a la formación de columnas destinadas a preservar la seguridad de los miembros del CNH y de los asistentes, disparates que en nadie hicieron eco salvo para meditar otra vez acerca del verdadero papel de Sócrates en esta trampa.

Marcelino García Barragán ordenó al ejército, una vez más, no disparar contra la gente sino única y exclusivamente arrestar al Consejo Nacional de Huelga. El coronel Ernesto Gutiérrez Gómez Tagle, al mando del Batallón Olimpia y en coordinación con la DFS de Fernando Gutiérrez Barrios, detendría a los líderes del CNH encerrándolos, por lo pronto, en los departamentos vacíos del edificio Chihuahua.

-Quiero vivos, no muertos, en la operación Galeana – tronó García Barragán --.

Les recuerdo que quien dispare en contra de los estudiantes será sometido a un Consejo de Guerra y pasado por las armas. Vamos a arrestar, vamos a interrogar, pero no vamos a matar. ¿Está claro?

-Sí, contestó la plana mayor del ejército a coro sin saber que los francotiradores atacarían tanto a soldados como a estudiantes y a la gente en general. Mientras todo esto ocurría, Gustavo Díaz Ordaz emprendía el vuelo hacia Guadalajara.



El Batallón iría vestido de civil con un guante blanco en la mano izquierda. El propio García Barragán recomendó el arresto de Sócrates Lemus, de tal manera que fuera aprehendido pero no lastimado. <Que no escape, acuérdense –ordenó el ilustre militar sin conocer la calidad de los padrinos de nuestro infiltrado, no quiero muertos, quiero vivos!>. Cada quien se iba ubicando en su respectiva posición para la batalla. Por lo menos unos cinco mil hombres de las fuerzas públicas –entre soldados, agentes de la DFS, de la judicial, granaderos, policías, agentes de la CTM... fueron desplegados en la Plaza de las Tres Culturas. ¡Eran en verdad la mitad de los asistentes al mitin!.

El General Marcelino García Barragán ignoraba que la CIA pretendía demostrar la incapacidad del gobierno para controlar el conflicto y de esta suerte justificar la inevitable suspensión de garantías y apuntalar así el Estado fascista sobre la base de que no hay en América Latina mejor democracia que una dictadura, ¿no...?. En las cárceles, hospitales y en las morgue se aprestan a recibir cantidad de detenidos, heridos y cadáveres. En tanto que con tres cientos tanques ligeros, unidades de asalto, jeeps y diversas unidades de transporte militar comenzaban a tender el cerco en torno de la plaza, desde luego ignorantes de la trampa en la que estaban a punto de caer.

A las 17:15 horas comenzó el mitin. Lo primero que se anunció fue la cancelación de la marcha programada hacia el Casco de Santo Tomás. La asistencia se calcula en cinco mil personas, un acto regio. Apenas pasadas las 18:10 horas dos helicópteros empezaron a sobrevolar sospechosamente la plaza. Myrthokleia González fungía como maestra de ceremonias; Florencio López Osuna, orador, había hecho uso de la palabra. Sócrates permaneció oculto a su lado. De pronto se dejó caer la primera luz de bengala de un helicóptero que vigilaba y reportaba la marcha de los acontecimientos. Se trataba de señal esperada para que las tropas saltaran a la plaza para arrestar a los integrantes del Consejo de Huelga.



<¡Los soldados! ¡Los soldados!> fue el grito unánime que se escuchó y provocó el pánico entre los asistentes. En el tercer piso, Sócrates arrebató el micrófono al orador en turno, David Vega, como si hubiera recibido órdenes para hacerlo sin tardanza. <Calma, compañeros, es una provocación!>

¡No corran! Gritaba desesperado con el ánimo de evitar que la gente se protegiera de la balacera y con ello impedir la masacre. Momentos después, del piso 15 del edificio de Relaciones exteriores, fue lanzada, por el coronel Gutiérrez Gómez Tagle, una segunda bengala, sin duda la orden para iniciar la detención de los líderes estudiantiles del tercer piso.

Un instante después empezaron los disparos y gritos de horror. Disparaba una y otra vez el contingente de emplazado por el jefe del Estado Mayor, Luis Gutiérrez Oropeza, en dirección a los soldados y a los civiles asistentes. Los manifestantes estaban siendo acibillados de acuerdo con lo planeado. Díaz Escobar dirigía las operaciones con precisión matemática, no en balde había sido capacitado por la CIA, mismo personaje mexicano que más tarde participaría en el derrocamiento de ese monstruo llamado Salvador Allende.

Para sorpresa de todos, el primero en caer herido de bala en una nalga disparada de arriba hacia abajo, fue el general diplomado del Estado Mayor Aéreo, José Hernández Toledo, el <general universitario> enemigo público número uno de los estudiantes, desde las funestas acciones del supuesto bazucazo en San Ildefonso y aún antes. Imposible que alguien entendiera que los soldados eran precisamente quienes habían caído en una trampa mortal que muy pocos reconocerían en ese momento y en los tiempos por venir. El tiroteo crecía por instantes aumentando al infinito la histeria colectiva.



Un soldado cae herido en la plaza de las Tres Culturas y otros disparan hacia las azoteas de donde provenían las ráfagas que asesinaron a soldados y estudiantes. Foto publicada por El Heraldo de México.

Unos saltaban encima de los otros, sobre todo de los soldados heridos que se retorcían en el piso presas de espantosos dolores. La sangre del ejército se derramaba de manera injusta, pero si algo sabían los militares era disciplinarse y someterse a las órdenes superiores, oportunidad que no dejaría pasar la CIA.



En el tercer piso la confusión y la gresca no eran menos escandalosa. Se vivían escenas dramáticas. La balacera en extremo tupida. El mismo ejército cuyos miembros desalojaban la plaza con riesgo de sus vidas, cubrían a los civiles de las balas. A pesar de llevar balas de salva y parque de urgencia en caso de un ataque, los soldados empezaron a devolver el fuego en dirección de los edificios de los que salían los disparos que hacían blanco puntual en los uniformados. A Hernández Toledo le habían disparado desde el departamento 503 del edificio del ISSSTE, propiedad de Guillermo Hernández, un infiltrado al servicio de Corona del Rosal. Por el costado poniente del convento salieron minutos después varios de los francotiradores, quienes fueron detenidos por un grupo de soldados pero liberados de inmediato tan pronto se identificaron como miembros del Estado Mayor Presidencial. ¿Quién se iba a imaginar que soldados disparaban a soldados, aunque no estuvieran vestidos con

el respectivo uniforme y llevaran un sospechoso, sospechosísimo guante blanco para distinguirse quién sabe de quién. El tiroteo continuó hasta las 19:45 horas sin que quedaran ya blancos civiles.



Luis Echeverría llamó esa misma noche a Excélsior para reportar <que en Tlatelolco caían sobre todo soldados>. Gutiérrez Oropeza le informaba a Díaz Ordaz que todo estaba bajo control y que todos los miembros del CNH habían sido detenidos y que había uno que otro caído. Díaz Ordaz contestó:

--El pueblo podrá perdonar que me falle la cabeza, mi general, podrá perdonar que se me imponga el corazón, pero lo que el pueblo no me perdonaría sería la falta de pantalones para tomar una decisión

-- Tiene usted razón señor presidente, contestó Gutiérrez Oropeza, usted juró defenderla Constitución y las leyes que de ella emanen y mire usted, que efectivamente está cumpliendo en buena lid con la

palabra empeñada.

A las 19:30 horas cuando la balacera todavía era tupida, el general Marcelino García Barragán recibió una llamada del Estado Mayor Presidencial, del general Gutiérrez Oropeza-

-- Mi general tengo varios oficiales del Estado Mayor apostados en algunos departamentos con órdenes de disparar a los estudiantes armados; ya todos abandonaron los edificios solo me quedan dos que no alcanzaron a bajar y la tropa va subiendo y como van registrando los cuartos temo que los vayan a matar. ¿Quiere usted ordenar al general Crisóforo Mazón que los respeten?

—El general Secretario quedó pasmado. Comprendió entonces que las ordenes eran presidenciales y que los hombres que les tiraban a sus soldados eran del Estado Mayor Presidencial que habían intervenido las comunicaciones. --¿Por qué no me avisaste que harías eso?

—Usted sabe mi general son instrucciones superiores por tanto hay que acatarlas. El presidente le dará a usted las razones pertinentes de su conducta si así lo considera conducente.

¿Porqué no me lo informo, mi general? – insistió furioso el secretario de la Defensa Nacional-
¿Porqué dieron instrucciones paralelas y contrarias a las mías, cuando ordené que no hubiera muertos y que nadie saliera lastimado? Espero que usted se percate de que es una traición y como tal puede ser sentenciado a la pena capital por un Consejo de Guerra.

—Señor general secretario, yo todo lo que hago es cumplir instrucciones del ciudadano presidente de la República, nuestro Comandante Supremo, general de cinco estrellas, no tengo manera de contestar sus insinuaciones y si tuviera los argumentos tampoco podría hacerlo por lealtad incondicional al Jefe de la Nación. Si usted así lo estima prudente, exíjale a él las explicaciones, o sométalo al Consejo de Guerra, sería una novedad jurídica y política...

García Barragán azotó furioso el teléfono, sabiéndose absolutamente traicionado. Las dudas lo asaltaron violentamente. ¿Quiénes eran los francotiradores? ¿Quién los había mandado? ¿De quien dependían? ¿Habían engañado al presidente al igual que a él? ¿Lo sabría Díaz Ordaz? El ejército había caído en una trampa imperdonable.

Si el presidente sabía que iban a disparar desde las azoteas, ventanas y pasillos. ¿Por qué no se lo informó al alto mando del ejército? Si Díaz Ordaz ignoraba todo, tendría que haber severas consecuencias. Las cosas de ninguna manera se podían quedar así. El ejército mexicano había sido

injustamente manchado de sangre, al igual que su prestigio. ¿Quién iba a creer, a partir de ese momento, que el ejército nacional era inocente? Era evidente que él, en su carácter de Secretario de la Defensa Nacional tenía que velar por las instituciones mexicanas; sí, pero también debía proteger la imagen de las fuerzas armadas, que no estaban de ninguna manera para disparar en contra del pueblo, al que supuestamente estaban obligados a proteger. <En buena hora salí con mis hombres a la calle por los ruegos de Corona del Rosal y Echeverría> se lamentaba. ¿Qué hacer? ¿Presentarle mañana mismo su renuncia al presidente, a falta de una explicación convincente?

Si el presidente sabía de los hechos y los había ordenado, era un traidor a la patria, y si no lo sabía, era un imbécil. En ese momento se vinieron abajo los planes con Corona del Rosal porque ya no podía sostenerse sin el apoyo del ejército. En esta coyuntura el candidato idóneo para CIA sería Marcelino García Barragán.

Sin más, García Barragán ordenó a Crisóforo Mazón Pineda, su hombre sobre el terreno, que apoyara a los elementos <del hijo de la chingada de Gutiérrez Oropeza. Posteriormente, Mazón le confirmó que en efecto había localizado a los dos hombres armados con metralletas, quienes aceptaron <haber disparado hacia abajo por órdenes del Estado Mayor Presidencial>

Como a las 11 de la noche se suscitó otra balacera más nutrida que la primera y ya no había civiles. Eran 290 hombres de Corona del Rosal quienes tenían instrucciones de alterar el orden lo más posible. Después de treinta minutos la balacera cesó dándose la orden de peinar la zona y hacer descender a los francotiradores. García Barragán pensó en los fusilamientos, pues estaba seguro de que se trataba de militares y no de porros y agentes camuflados de la CIA.

A la media noche, el general Crisóforo Mazón Pineda presentó a 290 francotiradores de los cuales 230 habían sido capturados en el edificio Chihuahua. El gobierno informó oficialmente que 39 civiles y 4 militares habían sido abatidos por el fuego, versión que fue publicada en la mayoría de los periódicos. En realidad fueron 39 civiles y 140 militares. El número de civiles no se podía ocultar porque serían reclamados por los familiares, no así los soldados porque únicamente se les informaba a los familiares de su baja que podría ser en cualquier punto de la república.

Octubre 3.- Al día siguientes de los trágicos acontecimientos, el embajador de los Estados Unidos, Fulton Freeman, solicitaría una audiencia urgente e inaplazable con el secretario de la Defensa Nacional. El embajador llevaba en su *aide-memoire* que en 1952 García Barragán había llegado a contar con 600 oficiales leales y capacitados para tomar Palacio Nacional y la Comandancia de Policía para que <se garantizara la legalidad de los comicios o tomaría el control>. Estaba del lado de Henríquez Guzmán, rival del candidato presidencial. Lázaro Cárdenas le había solicitado esperar al resultado de la elección nacional antes de asestar el golpe.

—Levantarse en armas, bien, Marcelino querido, pero no sea el primero porque a ese seguro se lo chingan. En estos casos conviene ser el segundo—había aconsejado el expresidente.

La idea que tenía la CIA era que la tentación golpista y totalitaria que prevalece en la mente de muchos militares no hubiera desaparecido dieciséis años después. No se podía perder igualmente de vista que el destacado oficial había desistido a última hora de sus planes, para evitar derramamiento de sangre en aquél año de 1952.

Por supuesto que hizo pasar de inmediato al ilustre diplomático. No había transcurrido tres minutos de conversación cuando Freeman le disparó a bocajarro la siguiente oferta:

--Tengo instrucciones del señor presidente Lyndon B Johnson para invitarlo a que encabece un golpe de Estado y se convierta usted en el nuevo presidente de México, con todo el apoyo de las fuerzas armadas norteamericanas.

El general Marcelino García Barragán se quedó paralizado, escrutando el rostro bronceado del jefe de la misión diplomática yanqui.

--Señor embajador, permítame decirle que aceptar su ofrecimiento implica traicionar a mi país, mi carrera, a los míos, mis convicciones y el destino político de México; descarto cualquier posibilidad de dar un golpe de Estado. Se equivocó usted de hombre. Como se equivocó también de proponerle al capitán Alberto Quintanar asesorarlo para asestar el golpe junto con otros integrantes del ejército mexicano.

El embajador no salía de su asombro. ¿Cómo había llegado a sus oídos una información tan delicada y ultra secreta? Fulton palideció, parecía no creer lo que le decían las palabras de García Barragán.

--¿Necesita usted tiempo para pensarlo?—cuestionó en tanto buscaba cómo hacerse de argumentos ante la catarata contundente del secretario.

-- Por supuesto que no necesito ni un segundo para pensarlo. Insisto: lo que usted me propone es una traición y yo no soy un traidor. En este mundo todavía existimos personas con sentido del honor. Si alguien le dijo a usted que yo era un militar corrupto, venal y podrido, como otros tantos más, lo mal informaron, señor embajador. Después de guardar un pesado silencio, tratando de medir sus palabras, Freeman agregó:

--En ese caso, si usted no acepta mi oferta, me veré en la necesidad de ofrecerle a cualquier otro mexicano, porque no estoy acostumbrado a dar malas noticias a Washington.

En ese momento García Barragán se puso de pie. Colocó ambos puños sobre la cubierta de su escritorio. Apuntó a los ojos del embajador de Estados Unidos, para disparar las siguientes palabras:

--Debo decirle que si está pensando en el general Alfonso Corona del Rosal, él tiene la simpatía del ejército, efectivamente, solo que yo tengo el control absoluto de mis hombres y el respeto de mis hombres. Si procede con él o con cualquier otro militar a sobornarlo, al estilo de ustedes, para que de un golpe de Estado en mi país, todo lo que logrará es provocar una nueva revolución, una guerra civil, porque debe saber que combatiré una decisión semejante con todos y cada uno de los efectivos y la plana mayor del ejército mexicano. Basta que yo llame a filas para que el 99% de militares de este país esté conmigo. Ante su insistencia, usted le prenderá fuego a un bosque, sin saber que el viento puede jugar veleidosamente y quemarlos a ustedes mismos; un incendio pavoroso puede ser de consecuencias imprevisibles. Le aseguro que un golpe de Estado en México, en contra de mi voluntad, se convertirá en una guerra civil y esto creo que no sea conveniente no solo para nosotros, sino tampoco para ustedes. Cuidado con los incendiarios, señor embajador, cuidado, el fuego puede prender para todos lados.

--Todo se puede hacer sabiéndolo hacer...

--Nadie sabe más que yo de respuestas militares en este país. Entrarían en un campo minado.

–México ya es un campo minado con tanto comunista.

–Pues yo no he visto ni uno solo. Nomás no venga a jalarle la cola al tigre.

–No nos preocupa su tigre, general, lo que México necesita no son presos políticos, sino políticos presos...

–volvió a disparar Freeman, insinuándole a García Barragán que él era uno de los bandidos.

–lo corrijo señor Freeman, lo que México necesita son embajadores respetuosos de nuestras instituciones y no perros mastines.

– En ese caso...

--En ese caso – agregó el General Secretario--, mucho le agradeceré a usted tenga la gentileza de abandonar esta oficina a la brevedad.

El embajador se quedó petrificado en el asiento. Su rostro despedía una ira incontrolable. De golpe enrojeció y las venas de su frente, inyectadas de sangre, amenazaron con reventar. Nunca nadie lo había corrido de una oficina. Ante su inmovilidad total, García Barragán todavía agregó:

--Si requiere usted ayuda, señor embajador, puedo pedir a mis asistentes que lo conduzcan hasta su automóvil en este preciso instante.

Fulton se levantó furioso de la silla y sin extenderle la mano ni despedirse, se dirigió a la puerta de la oficina. Con el picaporte en la mano izquierda, giró sobre sus talones para disparar un tiro en el centro de la frente de García Barragán, quien contemplaba de pie la escena:

--No debe perder de vista general Barragán, que a la hora que nos dé la gana, no solo acabaremos con Díaz Ordaz o con usted y todo su mugroso ejercito de muertos de hambre, de la misma manera en que impusimos al famoso *Sha* de Irán en 1953, a los Somoza en Nicaragua, a los Trujillo en la Dominicana, o los Castillo Arnas en Guatemala... No lo olvide...

--Sin detenerse alcanzó a agregar--: En los últimos años impusimos tiranos hechos a nuestra medida en Laos, Haití, Brasil, Bolivia, Indonesia y Grecia, tan cerca como el año pasado...¿Sabe usted cuanto tiempo nos llevará colocar un monigote en su Palacio Nacional?

–Lárguese o convoco en este momento a una rueda de prensa para que el mundo sepa quién es Fulton Freeman y el imperio al que presta servicios delictivos

– concluyó García Barragán blandiendo el dedo índice como si amenazara con una espada desenvainada—¡Largo, carajo... ¡ En ese momento se había hecho patria en México.

Ese mismo día pero ya de regreso de Guadalajara, Díaz Ordaz lo citara ya entrada la noche, en su oficina de Palacio Nacional para entregarle un sobre cerrado que incluía un escalofriante decreto del que no tenía noticia alguna. La reunión no pudo ser más fría y cortante. El Secretario de la Defensa expuso hechos de sobra conocidos por el presidente, pero se abstuvo de enrostrarle absolutamente nada en torno a los francotiradores de Gutiérrez Oropeza. La imagen del ejército había sido severamente castigada, argumento que no aceptó el Jefe de la Nación aduciendo que quienes habían abierto fuego era los universitarios y los politécnicos en contra de las fuerzas armadas, que no habían tenido otro remedio sino contestar la agresión en legítima defensa.

De ahí nadie lo sacaría. Imposible contradecirlo y exhibirlo como un mentiroso puesto que había autorizado la balacera y ordenado la liberación de los asesinos por razones hasta ese momento desconocidas. La fractura entre ambos era irreversible y sin embargo ninguno de los dos podía hablar, claro, salvo que Díaz Ordaz confesara las presiones y amenazas ejercidas por la CIA en contra de su gobierno o que el secretario llamara hijo de puta a su superior por haber ordenado matar a tanta gente, sobre todo a su gente. ¿Resultado? A callar. Sentado frente al escritorio de caoba del presidente, García Barragán abrió el sobre pensando que se trataría de la renuncia su elevado cargo. ¿Cuál no volvería a ser otra terrible sorpresa cuando al terminar la lectura del texto contenido en tres hojas se percató de que se trataba, nada menos, de un decreto que implicaba la suspensión de garantías individuales en todo el país?

Al concluir la lectura volteó a ver el rostro del Jefe de la Nación. ¿Estaría soñando? En la mañana Fulton Freeman le había ofrecido encabezar un golpe de Estado y ahora Díaz Ordaz hacía lo mismo sin la grosera claridad del diplomático.

--¿Pero qué es esto señor?—preguntó García Barragán en su azoro.

--El país está muy convulsionado y para atrapar a los comunistas no podemos andarnos por las ramas, mi general, ni esperar a que los jueces dicten órdenes de arresto porque se nos escapan. Como abogado le digo: agarrémoslo donde los encontremos y encarcelémoslos de inmediato antes de que ahora sí, acaben con el Estado mexicano.

Mientras Díaz Ordaz explicaba sus razones, García Barragán entendió que su poderoso interlocutor deseaba eternizarse en el cargo. Se cancelaban los derechos de los mexicanos indefinidamente, incluido tal vez el de votar. La suspensión de garantías significaba un adiós a la dignidad de las personas, adiós a la libertad de expresión, de prensa, de asociación, de reunión, de tránsito, la libertad religiosa. . . . A partir de hoy cualquier político se podría apropiarse del patrimonio de los demás, desaparecería la seguridad jurídica y las personas bien podrían perder su libertad según los caprichos de quien sabe quién y por cuánto tiempo, tal y como había acontecido ayer mismo en la noche.

--Señor presidente, --repuso con voz severa y ruda, la de un militar de carrera que se había formado a balazos en combate desde los años de la Decena Trágica, cuando de manera conjunta con militares mexicanos, asesinamos a Madero y a Pino Suárez

-- Si los líderes estudiantiles ya están en la cárcel y pasarán buen rato recluidos, y además está garantizada la celebración de los Juegos olímpicos, no veo la necesidad de suspender garantías.

--Los comunistas están sueltos y pueden causar desórdenes—contestó Díaz Ordaz.

-- Con el debido respeto, no veo, es más nunca vi a los tales comunistas y menos ahora que ya saben el precio a pagar si asoman la cabeza. Después de la balacera de ayer, México tardará muchos años en volver a vivir manifestaciones callejeras porque la gente no ignorará en largo tiempo la presencia de francotiradores que pudieran disparar detrás de cualquier ventana. No se preocupe señor presidente, en el caso que hubiera más comunistas libres, estos se meterán en sus agujeros por un buen rato: la lección fue muy severa, créamelo. . .

--Usted se compromete a preservar el orden de la República? —cuestionó el presidente quitándose los lentes y limpiándolos con vaho para después, sin ocultar nerviosismo frotarlos contra su corbata de seda francesa.

–Me comprometo señor –adujo el militar a sabiendas que se interponía en los planes del Primer Mandatario. –En ese caso, usted será el responsable, mi general, de cuanto pueda acontecer

–agregó Díaz Ordaz con el gesto fruncido a sabiendas de que se le estaba escapando la oportunidad de su existencia. A ningún lado iría sin el apoyo del ejército. Su frustración era inocultable. Al Congreso y al Poder Judicial los tenía en el puño, no así a las fuerzas armadas, más aun cuando García Barragán ya sabía a esas alturas que los francotiradores habían sido hombres del Estado Mayor Presidencial y por tanto la traición estaba al descubierto. Sin embargo, no se atrevió a encararlo. Adiós a la reelección o a la dictadura, adiós,, adiós, adiós...

--Es curioso, señor –respondió el secretario tratando de esconder la cólera al culparlo a él de lo que pudiera suceder en el futuro--. Pero hoy en la mañana el propio embajador Freeman me amenazó de alguna manera con lo mismo.

--¿Freeman? ¿Qué tenía que hablar Freeman con usted y menos en estas circunstancias?

– se estremeció Díaz Ordaz saliéndose de sus casillas.

–Me pidió que encabezara un golpe de Estado contra su gobierno, contestó el General Secretario lanzando un obús directo a la cabeza de Díaz Ordaz.

–Freeman?

Si, Freeman

—agregó García Barragán experimentando un gran placer, como quien se solaza metiendo el dedo en una herida, removiendo carnes ensangrentadas. ¡Que pronto había podido vengarse del momento en que Gutiérrez Oropeza le solicitó liberar a sus francotiradores por órdenes del presidente, lo cual le permitió descubrir toda la estrategia criminal urdida a sus espaldas! Si ayer le habían hundido un puñal en el cuello, hoy devolvía la afrenta asestándole a Díaz Ordaz un sonoro machetazo en la nuca. El primer mandatario se puso violentamente de pie y después de golpear con los puños cerrados la cubierta de escritorio, gritó perdido de furia:

--¡Cabrones! Son una bola de cabrones, hijos de la chingada, los gringos son unos hijos de la chingada, no se escapa ni un solo

–concluyó con los ojos inyectados de sangre.

–Lo son, señor, lo son... Después de serle reconocida su patriótica respuesta ante el embajador yanqui y de reiterarle la confianza en su persona, García Barragán abandonó Palacio Nacional con la fundada convicción de que nunca recuperaría la seguridad en su propio presidente, un traidor que por lo que fuera, ordenó abrir fuego contra de soldados y estudiantes, tan leales unos como inocentes otros.

De cualquier manera le había asestado una señora puñalada en el estómago y le amargó para siempre no solo la presidencia, sino la vida misma. Bien sabía que a partir de esa noche, en Los Pinos viviría un cadáver insepulto.



Octubre 4.- Muy temprano el Embajador Fulton se reunió con **Winston MacKinley Scott**, jefe de la Agencia Central de inteligencia de los EU en México para comentarle lo sucedido el día anterior.

–Creía que los mexicanos eran uno más corrupto que el otro, y ahora me sale este estúpido militar con pretensiones de santo... como si nos lo conociera.

– Fulton, conozco muy bien a los mexicanos, después de doce años de estancia en este país algo te puedo decir. Efectivamente provocaríamos una revolución, de modo que creo que nuestros informes a Washington debemos enviarlos sobre la base de explicar que todo aquello que pretendíamos se ha logrado. ¿Qué se ha logrado? En este momento, todos los líderes estudiantiles están presos. Se ha desarticulado la estrategia comunista urdida en el extranjero, de la cual debo confesar que nunca logré tener la menor evidencia de alguna infiltración maoista, leninista, trotskista, soviética o cubana: ¡Nada, nada querido Fulton, lo que es nada! Entonces tenemos que escoger entre sobornar a cualquier otro militar para que se enfrente al ejército capitaneado por el General Marcelino García Barragán y en ese caso asistir una guerra civil en México o aceptar que Díaz Ordaz puede llevar la fiesta en paz y en orden, sin ninguna amenaza comunista de ninguna naturaleza. De esta manera, Te gusta?

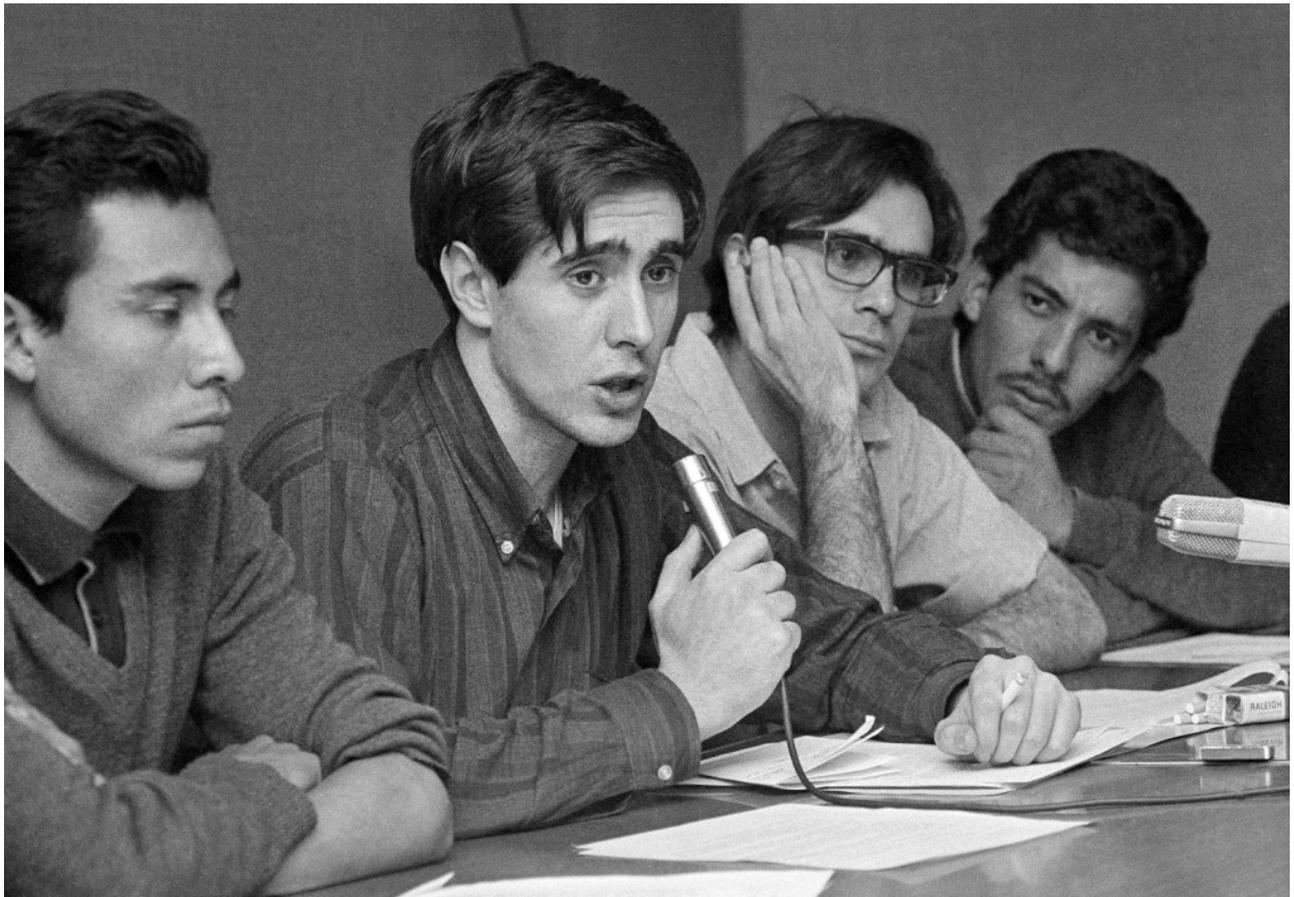
Nuestros intereses están perfectamente bien preservados, el presidente de la República está de nuestro lado y todo lo que tenemos que hacer es esperar a que la persona que designe como su sucesor nos garantice igualmente la seguridad que necesitamos para nuestros inversionistas, así como evitar filtraciones extranjeras en México, que puedan afectar los intereses continentales de Estados Unidos. Eso, querido Fulton, te garantizo que lo lograremos.

–No crees entonces en la conveniencia de insistir en el golpe de Estado, Winston?

–Lo descarto por completo, Fulton, creo que con la mano en el corazón que sería un error gravísimo. Si aquí estuviera el presidente Johnson, él mismo aceptaría nuestros argumentos: si ya tenemos a un hombre que nos garantiza y que es custodio de nuestros intereses, para que un golpe de Estado que bien podría tener como consecuencias la instalación de un dictador que acabe convirtiéndose en un dolor de cabeza como algunos. ¿para que corremos el riesgo de un nuevo Castro?. Si a Trujillo lo sustituimos definitivamente porque temíamos que había llegado a los extremos y podía explotar una guerra civil en Dominicana y precisamente para que no estallara cambiamos de dictador; entonces en México ¿Para que nos arriesgamos a una guerra civil cuando nos unen tres mil kilómetros de frontera y además tenemos un monigote que nos garantiza la tranquilidad que buscamos...?



5 de octubre de 1968, polémica declaración de Sócrates Amado Lemus



9 de octubre de 1968, César Tirado, Marcelino Perelló, Roberto Escudero, José Nassar



12 de octubre de 1968, custodiando los alrededores del Estadio Olímpico



Revivió el México de las traiciones:

Gral. José Luis Gutiérrez Oropeza envenenó, entre otras poderosas razones, la vida del Lic. Gustavo Díaz Ordaz y traicionó a su patria, al Estado Mayor Presidencial, al ejército, a sus iguales, e hizo recaer sobre las fuerzas armadas una injusta responsabilidad que le correspondía a él y al general Alfonso Corona del Rosal...

Gral. Alfonso Corona del Rosal traicionó a su jefe y amigo Gustavo Díaz Ordaz...

Los gringos traicionaron a Gustavo Díaz Ordaz...

Gustavo Díaz Ordaz traicionó al Secretario de la Defensa Nacional, General Marcelino García Barragán...

El Jefe de la Nación traicionó al pueblo de México...

Los Porros traicionaron a los estudiantes engañándolos con ardiles y manipulaciones alevosas de la misma manera que...

La Prensa traicionó la opinión pública sometiéndose al poder del gobierno, ocultando los hechos y maquillando la realidad para preservar interés,

El Rector traicionó a la Universidad al acatar instrucciones de Luis Echeverría...

Luis Echeverría Álvarez a su vez traicionó a la máxima casa de estudios del país al violentar alevosamente su autonomía y someter bajo su poder político a Barros Sierra.

Los Empresarios traicionaron a la sociedad al no protestar a través de sus cámaras y organizaciones y aceptar un silencio cómplice

¿Quién se salvaba?... ¡**Nadie!**...

Los Diputados y Senadores traicionaron a sus representados al no intervenir y limitar las facultades de la autoridad, porque en lugar de condenar la masacre, aplaudieron rabiosamente de pie a un presidente que reconoció su culpa...

El Clero traicionó a sus feligreses al no denunciar desde los pulpitos la violación a los derechos humanos.

El Poder judicial traicionó a los ciudadanos al no impartir justicia

Los que murieron en Tlatelolco fueron **39 civiles** con nombre y apellido y **140 militares**.

Los resultados de las autopsias realizadas a los cadáveres, jamás fueron reveladas porque se encontró que el calibre de las armas utilizadas fueron de las armas decomisadas al Batallón Olimpia y en ningún caso por las armas propias del ejército, que son de diferente calibre.

Gral. Crisóforo Mazón Pineda detuvo en el edificio chihuahua a 230 francotiradores de los 290 que conformaban el Batallón Olimpia y que después se conocieron como los halcones.

CONCLUSIÓN:

¡EL EJERCITO JAMÁS DISPARÓ CONTRA LA POBLACIÓN!

El General Marcelino García Barragán (1895-1979)



Marcelino García Barragán, siendo secretario de Defensa, durante una visita a Washington en 1966, fue condecorado por el general Earle Wheeler, jefe de Estado Mayor del Pentágono. (Foto: Archivo EL UNIVERSAL)

Tras este lamentable hecho, en que murieron asesinados decenas de mexicanos, se retiró del ejército y de toda actividad política, hasta que murió por un paro cardíaco, el 3 de septiembre de 1979, sin que hasta fecha la Nación le haya reconocido como un hombre íntegro que se distinguió por su lealtad y patriotismo.

Debería ser considerado como un HÉROE NACIONAL porque evitó un golpe de Estado.

Su hijo Javier García Paniagua, (1935-1998) también fue un destacado político. Senador de la República por Jalisco 1970-1976; Director de la DFS 1976-1978; Sub-Secretario de Gobernación 1978; Secretario de la Reforma Agraria 1980; Líder del PRI 1981; Secretario del Trabajo y Prevención Social 1981.



Lic. Javier García Paniagua

Esta recopilación de datos e información, elaborada por Guillermo Núñez Jiménez, tiene como sustento la publicación del libro “Arrebatos Carnales III” de Francisco Martín Moreno, Escritor, Novelista y Conferencista mexicano, quien a su vez, se fundamenta en los archivos secretos de la CIA, liberados en el año 2008.